

Una Cultura de Negros

228

* * *

Coronando la cresta superior de América del Sur y bordeando el Caribe, hay varios pueblos de gentes de color, compactos núcleos humanos de ascendencia africana, los cuales, no obstante la pureza con que conservan los rasgos étnicos de la inmigración que les dio origen, son en la actualidad típicos, como temperamento y personalidad de la ecuménica realidad americana. En este viaje hemos tocado algunas de las ciudades que los alojan. Una de ellas —Cristóbal, en la República de Panamá— es muestra viva de la pertinacia de una raza que, aunque trasladada de un confín a otro por la fuerza y adaptada al cabo de siglos al territorio que hoy ocupa, posee extraños y poderosos atributos para imponer a su contorno físico y social aquello que le es propio.

Color, ritmo, gracia: he aquí tres notas que, por sobre la miseria en que subsiste, el negro ha impuesto a su alrededor. El norteamericano y el panameño blanco han tratado de mantener su vida independiente de este contagio sensual, y ello se nota. Por eso, quizá, resulta tan falso todo lo que éstos ponen y han puesto. Al aire racional de las instituciones se opone el aire mágico de la población oscura, latente en las callejuelas, en las plazas, en los bares, en las casas de vecindad de frágil madera pintada con tonos puros y alegres, melódicos. En medio del corazón negro de la ciudad, late la música, el baile, la ceremonia salvaje. (Aquí, la palabra salvaje no debe leerse con su significación peyorativa cotidiana, sino con el sentido con que la usaron los románticos, de libre natural).

Esta música a que me refiero no es la de las vocingleras radios que sale de los cafés e inunda la vía pública. Es la del habla popular, la del movimiento de las mujeres, la de las latas que los chiquillos hacen resonar con leños rústicos a falta de verdadero tambor. También es la del silencio desconfiado que envuelve al hombre común si un extranjero —siempre turistas, por desgracia— pregunta por algo que considera peligroso y comprometedor. La política, por ejemplo. “Eso no es cosa mía, chico”, dicen o parecen decir. Los carteles electorales, sin embargo, apelan al voto de estos ciudadanos, pues los que quedan en las paredes son cabal testimonio de ello.

Cristóbal semeja en toda su extensión, excepto la zona correspondiente al canal, una inmensa representación de “Porgy and Bess”. Esto no es un signo desdeñable. ¿No es, acaso, la ópera de Gershwin un gran drama realista de la triste vida de los negros en un sector de ésta América injusta? El quejido que entraña la música del famoso compositor norteamericano se escucha acá, como el fondo de una acción policroma, desde cuya hondura surge la tragedia. ¡Ay del que, con ojos de pasajero, la deja de ver, porque ese no tiene alma! La historia es lenta, parsimoniosa, densa, pero en su moroso caudal fecunda cultura. Los negros en Cristóbal, sin duda, están amasando, en ella, una civilización mágica, algo insólito que algún día será milagroso.

Kingston (Jamaica), octubre, 1956.

Sebastián Salazar Bondy